

# La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. O'H.

Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO II. }

MÉXICO, NOVIEMBRE 15 DE 1872.

{ NUM. 24.

### RECREACIONES TECNOLOGICAS

PARA LOS NIÑOS.

(TRADUCIDO POR JUAN OROZCO Y PRIEGO.)

EL ALGODON.—EL ALGODONERO.

IV

Filatura del algodón.

Seria demasiado largo enumerar las diversas fases del arte de hilar el algodón, tomando como punto de partida la rueca y el huso, para llegar de máquina en máquina hasta las mas ingeniosas, de una complicacion que espanta, y de las que se sirven en la actualidad las filaturas. Esta revista seria, sin embargo, de un inmenso interes, pues nos enseñaria de qué manera una nueva máquina ha adelantado sobre otra precedente, y esta ha cedido á su vez el lugar á un mecanismo mas perfecto, es decir, produciendo mas económicamente productos mejores y mas hermosos. Notemos, sin embargo, como punto de partida, que en Inglaterra, á principios de este siglo, no se sabian hilar hilos de algodón que ofrecieran bastante consistencia para for-

mar la cadena de los tejidos; solo habian llegado á hilar la trama, de manera que, las estofas de algodón de aquellos tiempos se componian en realidad de mitad de algodón y mitad de lino, pues se veian obligados á emplear esta última materia para hacer los hilos de la cadena. En fin, estos mismos hilos, no eran hilados en Inglaterra, sino importados de Alemania.

En el dia la filatura inglesa ha llegado á una perfeccion tal, que parece haber alcanzado los límites de lo posible; voy á explicar estos procedimientos clara y brevemente, cuanto el asunto lo permita.

Ya hemos visto al algodón cosechado, limpiado, cernido y enviado á Europa; en este estado lo compran los hiladores. La primera operacion á la cual lo someten es, á una limpia muy especial, y á desenredarlo. Para esto se emplea un aparato llamado *willow*. Esta máquina consiste en una tela sin fin sobre la que se pone el algodón; esta tela, que está en un continuo movimiento, lleva el algodón bajo dos cilindros de fierro acanalados entre los cuales pasa; saliendo por debajo de los cilindros, lo cogen los dientes de muchos tambores guarnecidos de puntas, que lo estiran en todos sentidos y lo dejan perfectamente escarmenado. Entonces cae sobre una segunda tela sin fin que lo lleva fuera de la máqui-

na, esponiéndolo á una ventilacion muy enérgica que le quita toda materia estraña, echando muy lejos el polvo y los pedazos de fibras, resultado inevitable de la operacion que sufrió. Cada *willow* construido segun el mejor sistema (que es el de Lelly), trabaja por dia 3,500 kilogramos de algodón bruto. El algodón escarmenado y limpio por el *willow*, está muy lejos de poderse cardar, pues tiene que pasar todavía por los filos del limpiador y del estendedor.

La primera de estas máquinas da golpes redobladados al algodón, que una tela sin fin lleva hasta debajo de los *golpeadores*. Estos golpeadores dan de 1,200 á 1,300 golpes por minuto, y desembarazan al algodón de todos los cuerpos estraños que pueden todavía estar mezclados ó retenidos. La segunda máquina, el estendedor, tiene por objeto trasformar al algodón en una especie de cinta uniforme, y enredarla al rededor de un cilindro de madera; esta cinta se compone de filamentos regularmente entretrejidos, y que al tiempo de cortarlos se trasforman en una nueva cinta, compuesta de filamentos derechos y paralelos los unos á los otros.

La máquina para cardar puede ser la mas complicada de todas las que sirven para la filatura del algodón; en esta máquina es donde ha puesto toda

su atención el genio emprendedor de los constructores; y sin embargo, es la que deja todavía más que desear. La manera de cardar, tal como se practica actualmente, no iguala ni dispone regularmente los filamentos, sino á espensas de su fuerza, los adelgaza y los enerva. Hombres muy competentes han querido variar las cardas propiamente dichas, cambiar su disposición y su juego, imaginando que los ingenieros dan en un círculo vicioso, y que es necesario, en lugar de buscar un medio para perfeccionar el sistema de cardas empleado, encontrar un medio de cardar el algodón sin emplear las cardas, es decir, sin instrumentos dentados. Puede ser que se vean obligados para obtener este resultado, á pedir á la química lo que parece rehusarles la mecánica. Ya hemos visto que el algodón se presenta en la máquina para cardar, en una especie de cinta compuesta de filamentos entretrejidos. La máquina para cardar los pone bajo la misma forma, solamente que la cinta está compuesta de filamentos rectos y paralelos entre sí, y además, es menos gruesa. Al cardamiento sigue el *estirado*, operación que divide las cintas por medio de una tracción minuciosamente calculada, á la que se le somete por medio de los cilindros del *banco para estirar*, que, como ya dije, dividen las cintas en una multitud de hilos, cada uno de un diámetro uniforme. Por fin, viene después el torcido para el hilo grueso que ejecuta actualmente con mucha perfección el nuevo aparato de MM. Cocker é Higgins de Salfort, al cual han dado el nombre de *banco de cepillos*.

La máquina generalmente usada para hacer el torcido de los hilos de cierto grueso, es el *mull-jenny*. Esta máquina se compone de dos partes, una móvil y la otra fija. La parte fija contiene las bobinas cargadas de algodón para torcer, y una serie de cilindros estiradores, que tiene que atravesar todavía el algodón antes de llegar á la segunda parte del *mull-jenny*, es decir, al carro que lleva los cepillos destinados á dar el torcido. Este carro rueda sobre un carril fijo al piso; cada vez que este sale de la mitad fija del sistema, los cepillos, volviendo y revolviendo, tuercen los hilos de algodón que suministran los cilindros estiradores, debajo de los cuales pasan desenrollándose por encima de las bobinas.

Así que el carro llega á la estremidad del carril, suelta un resorte que detiene todas las piezas del aparato; entonces el maquinista vuelve á enviar el carro hácia los cilindros estiradores; en cuanto comienza el movimiento, todos los cepillos se ponen á funcionar; pero no de la misma manera que cuando el carro se movía en sentido inverso, pues esta vez reciben simplemente el algodón sin torcerlo. El carro llega cerca de los cilindros estiradores, suelta un nuevo resorte que establece los primeros movimientos, y el carro parte con los cepillos que tuercen los hilos, que volverán cuando el carro vuelva.

Cada *mull-jenny* tiene varios centenares de cepillos; su número varia según conviene al filador, solamente que los *mull* destinados á hilar más delgado, tienen más cepillos. Para apreciar la maravillosa precisión con que obra el *jenny*, baste saber que con él no solamente se obtienen hilos de una igualdad perfecta, sino también hilos de número pedido (1). Cuando se han superado todas las dificultades que presenta la confección de una madeja de hilo de mil metros, con peso de 250 centigramos, semejante resultado pasma la inteligencia. Este peso es, sin embargo, el del núm. 200, y los ingleses han llegado á hacer hasta el 250. La filatura francesa hace actualmente hilos desde el núm. 1 hasta el núm. 80, que puede ser que sean mejores que los ingleses; pero á partir de este número, los hilos franceses son inferiores á los ingleses bajo todos aspectos, y esta diferencia es tanto más notable cuanto mayor es el número.

(1) Los grados de finura de los hilos se indican por la numeración. Así, una madeja de hilo del núm. 1, compuesta de diez madejitas, cada una con 100 metros de hilo, pesa 500 gramos; una madeja del núm. 2 no pesa más de 250 gramos; es necesario, pues, dos de estas para hacer un demikilo, y así sucesivamente para cada número; de manera que, el número 100 por ejemplo, tiene una finura tal, que 1,000 metros de este hilo no pesan más de 5 gramos, siendo necesarias 100 madejas de este hilo para satisfacer el peso modelo de 500 gramos.

Actualmente la filatura francesa tiene en movimiento cerca de cuatro millones de cepillos, y el número de obreros empleados corresponde á uno por cada cuarenta y nueve cepillos. Es necesario decir para terminar, que la filatura del algodón ocupa en Francia más de 80,000 personas entre hombres y mujeres.

[Continuará.]

#### AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Las facultades que el hombre desarrolla en las artes y en las ciencias, son las más hermosas.

La cualidad más bella del alma humana, es sus aspiraciones á lo que es divino, á la unión con el Señor; sus esfuerzos por alcanzar una perfección que es enteramente independiente de todo lo terrenal.

Él no halla descanso sino en lo que es verdadero, ni placer sino en lo que es razonable.

Se encuentra penetrado de una inexplicable reverencia hácia todo lo que es bello, noble y virtuoso; y se halla dotado de una invencible repugnancia hácia lo que es falso, vicioso é imperfecto.

Un animal podrá tener instinto; pero solo el hombre posee esa razón elevada, que es la que da leyes á todas las acciones santas y nobles.

Un animal tendrá astucia; pero es incapaz de la sabiduría, que es propiedad particular del alma humana.

Solo el hombre establece una relación entre lo terreno y lo superior; entre lo finito y lo infinito; entre el inanimado mundo material y Dios, que es la vida de todas las cosas.

Su planta pisa la tierra, pero marcha con su cabeza levantada hácia el cielo.

El cuerpo no es más que el instrumento del alma

La naturaleza corporal tiene una ley para su propio sostenimiento; el alma tiene otra en sus sentimientos; pero esta última tiene otra aun más elevada; el entendimiento, cuya vocación es más elevada, es la eternidad, el interminable perfeccionamiento, la felicidad.—ZSCHOKKEE.

El hombre es el ser de todos los seres terrestres.

Es una chispa de la luz y del poder de Dios (Génesis, I, 21); lleva en sí mismo, en este mundo, el cielo y el infierno.

Si queremos hacer de nosotros ángeles, lo seremos.

Si queremos ser demonios, lo seremos también.

Tenemos en nosotros la vida y la muerte; podemos escoger.

Cada uno de nosotros puede ir adonde quiera, porque el hombre es libre.

Dios está en el cielo, y el cielo está en el hombre.

Pero si el hombre se halla en el cielo, el cielo será revelado en el hombre.

El camino recto para llegar á Dios es, según podemos distinguirlo, que el hombre salga de sus pecados.—JACOB BÖHME.

### VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



XXXIII

Llegaron por fin á la cima de la gigantesca montaña. Desde allí ven cuanto hay que ver en el mundo: bosques, campos, desiertos, ciudades; por supuesto que están embobados con aquello. De pronto, dice Elena: «Si no me engaño, aquella es nuestra casa.»—«Anda, tonta! le contesta Fernando: ¿nuestra casa en África?»—«Pues ella es, á no dudarlo.»—«Mucho que sí; pero como estamos viendo

toda la tierra, y nuestra casa está en la tierra, por eso la vemos desde África.»—«¡Hombre! ¡pues es verdad! ¿Y qué es aquella cosa redonda, colorada, que está tras de aquella montaña, y que lastima los ojos?»—«Yo creo que es el sol, contesta Fernando; mira tú cuánto más grande y hermoso es el sol de África, que el de México.»—«Sí, si todo lo de fuera de México es más grande y más hermoso.»

CARTAS A LOLA.

CARTA II.

Con muchísimo placer tomo la pluma para cumplir la oferta que te hice en mi anterior. Escucha, pues, con atención los consejos que me dicta el interés que me inspiras.

En mi primera carta te dije que tu primer deber era el amor de Dios. El segundo afecto que debe llenar tu corazón, es el amor de aquellos seres que Él colocó en la tierra como sus representantes; de aquellos que te colman de atenciones y ternura, que guían tus vacilantes pasos; de aquellos, en fin, que son para contigo, á semejanza de Dios, fuente inagotable de cariño y de bondad. Comprenderás que te hablo de tus padres. Nada más justo que el amor que les profesas. Sí, yo sé bien que los amas; y te he visto sonreírles con la sonrisa del ángel; te he visto reclinada sobre su seno, como buscando su protección. Y en efecto, la necesitas. ¿Qué sería de la débil yedra que entrelaza con sus guías el tronco robusto y corpulento de la encina, si careciese de su sombra y de su apoyo? ¿Qué sería de un niño si su madre le abandonase desde que naciera? ¿En dónde había de hallar quien cuidase de él con la heroica solicitud de su madre?

Por otra parte, si nada hay más justo, nada hay tampoco más natural que el amor á nuestros padres. No quiero formar la ofensiva opinión de que tú seas una hija desnaturalizada en cuyo corazón no encuentren eco los sentimientos del amor filial; arriba te dije ya, y ahora te repito, que estoy convencida de que los amas mucho. Pero no basta amarlos, niña mía, es preciso demostrárselos con nuestras acciones. «Amarás á tu padre y á tu madre, para que vivas largo tiempo en la tierra prometida,» dice el Decálogo, es decir, la sabia ley que Moisés escuchó en la montaña del Sinaí, y que transmitió al pueblo israelita de parte del Señor; pero se entiende por amarlos, respetarlos, obedecerlos, escuchar esos consejos amorosos que les dicta su inmensa ternura, con toda nuestra veneración, con la firme convicción de que solo nuestro bien es lo que regula su conducta, y los hace moderar, y aun á veces contrariar, nuestros deseos.

Más pudiera yo decirte para hacerte ver lo mucho que debemos amar y respetar á nuestros padres; pero el buen concepto que me mereces, me hace creer que te he dicho lo bastante. Pasemos, pues, á otra cosa. Ya te dije que no basta solo el amor, es necesario manifestarlo; por lo cual creo que el primer deber que tienes después de haber levantado tu corazón á Dios, es el pasar á saludar con todo cariño á tus padres. Debes mostrarte afanosa en informarte si han pasado bien la noche; porque si lo primero que hacemos viendo á una persona extraña es saludarla cortesmente, ¿con cuánta más razón no debemos saludar con toda la ternura que merecen á nuestros padres? Siempre que los saludes por la mañana, debes hacerte el propósito de hacer todos los esfuerzos que estén de tu parte para que pasen el día muy contentos. Para esto debes procurar no hacer nada que pueda desagradarlos; antes de hacer una cosa, piensa: ¿agradará esto á mis padres? ¿me atrevería yo á hacerlo delante de ellos? Si tu conciencia te responde: «no,» entonces no lo hagas, niña, que así, nada harás malo.

Concluyo ya mi carta; no olvides mis consejos, procura practicarlos, y así merecerás entrar en el cielo, que es la Tierra prometida de los cristianos. Adios.

MAGDALENA.

México, Noviembre 1º de 1872.

LA FORTUNA.

(FABULA.)

Hízose moda llamar  
A la Fortuna cruel  
Y ciega y loca de atar:  
Ella mandó circular  
Por todo el orbe un papel.



XXXIV

Después de haber mirado á su sabor toda la tierra, y además la casa del papá de Fernando, convienen ambos viajeros en que será bueno continuar el camino.—«Y á todo esto, ¿no comemos hoy?» pregunta Elena.—«¿Pues qué, tienes hambre?»—«No, pero querría comer.»—«¿Qué diablura! contesta Fernan-

do entre mortificado y pesaroso; ¿pero tienes mucha hambre?»—«Mucha, mucha, no,» dice la prudente Elena.—«¡Ah! pues entonces, sábete que los viajeros célebres, como nosotros, no comen sino cuando tienen mucha, mucha hambre.»

(Continuará.)

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO II.

*Del acto de acostarnos, y de nuestros deberes durante la noche.*

XII

Hay algunas personas que acostumbrando fumar al acto de entrar en la cama, no prescinden de ello aun cuando estén acompañadas. Si siempre es impolítico hacer aspirar el humo del tabaco al que no está también fumando, nuestra incivilidad viene á ser verdaderamente insoportable, cuando hacemos esto en una pieza cerrada ya para dormir, donde habrá de formarse una atmósfera pesada y pestilente, y al mismo tiempo contraria á la salud.

XIII

El ronquido, ese ruido áspero y desapacible que algunas personas hacen en medio del sueño, molesta de una manera intolerable á los que tienen la desgracia de acompañarlas. Esto no es un movimiento natural y que no pueda evitarse, sino un mal hábito, que revela siempre una educación descuidada.

XIV

También es un mal hábito el ejecutar durante el sueño movimientos fuertes, que á veces hacen caer al suelo la ropa de la cama que nos cubre, y que nos hacen tomar posiciones chocantes y contrarias á la honestidad y al decoro.

XV

La costumbre de levantarnos en la noche á satisfacer necesidades corporales, es altamente reprobable; y en vano se empeñan en justificarla, aquellas personas que no conocen bien todo lo que la educación puede recabar de la naturaleza. La oportunidad de estos actos la fijan siempre nuestros hábitos ó nuestra propia elección; y el hombre verdaderamente fino y delicado, no escoge por cierto una hora en que pueda llegar á hacerse molesto, ó en que por lo menos ha de pasar por la pena de llamar la atención de los que le acompañan.

XVI

Si en medio del sueño sobreviene algun accidente, por el cual se nos llame para preguntarnos algo ó para exigir de nosotros algun servicio, pensemos que nada habría más incivil que mostrarnos desagradados y de mal humor, pues esto sería un amargo reproche para el que en este acto ha contado con nuestra amistad y benevolencia, y siente ya de antemano la pena de venirnos á molestar.

XVII

Por nuestra parte, evitemos en cuanto sea posible el llamar al que duerme, no interrumpiendo su sueño sino por una grave urgencia. El que se ve de esta suerte inquietado por nosotros, medirá sin duda la importancia del motivo que á ello nos ha inducido; y aunque al encontrar que no ha sido bastante para justificar nuestra conducta, la civilidad le haga mostrarse tolerante y afable, no por eso habremos dejado de ser nosotros, á más de inconsiderados, altamente inciviles.

[Continuará.]

«Quien tuviere (en él decia)  
Conmigo cuestion alguna,  
Preséntese en la Almería,  
Tal año, tal mes, tal día.  
Firmado: Yo la Fortuna.»  
Voló todo pretendiente  
Por no llegar el segundo.  
¡Cuánta cara diferente!  
Hasta de Zafra hubo gente,  
Que es pueblo fuera del mundo.

Con terrible trapisonda  
Pasó el primer peloton  
Al local de la sesion.  
Una gran mesa redonda  
Casi ocupaba el salon.

Cubre la mesa un brocado;  
Y en el centro, donde ya  
Ningun brazo llegará,  
Se halla esparcido y mezclado  
Cuanto la Fortuna da.

Bastones, mitras, dogales,  
Moneda en bolsas distintas,  
Plumas, azadas, puñales,  
Mantos, bulas, vendas, cintas,  
En suma, bienes y males.

La Fortuna, que es traviesa,  
Cuando vió el tropel entrar,  
Se entretuvo en colocar  
Por la orilla de la mesa  
Muchas cañas de pescar.

Y dijo con aire ufano:  
Para que el linaje humano  
Cese de ponerme apodos,  
Van á tener en la mano  
Desde hoy su ventura todos.

En la mesa viendo estais  
Cuanto recibí del cielo:  
Con el brazo no llegais;  
Vamos á ver qué sacais  
Con hilo, cuerda y anzuelo.

Si algun infeliz se engaña  
Y mal por bien se le enreda,  
Que se queje de su maña.  
Señores, mano á la caña,  
Y á pescar lo que se pueda.

¡Allí fué ver á la par  
A fogosos y tranquilos  
Anzuelos al aire echar!  
¡Allí enredarse los hilos,  
Y romperlos al tirar!

Tras una dote un muchacho  
Fatigó la caña mucho;  
Pero con tan mala traza,  
Que le salió un cucurucho  
De dulces de calabaza.

Por un anillo ducal,  
Que una Vénus de arrabal  
Ambicionó muy de veras,  
Enganchó un par de tijeras  
Y un hábito de sayal.

Un coplero sin donaire  
Por poco un laurel alcanza;  
Mas, burlando su esperanza,  
Le alzó una manta en el aire  
Como al pobre Sancho Panza.

Un jugador que á un bolsillo  
El anzuelo encaminó,  
Hizo presa en el gatillo  
De un cargado cachorrillo  
Que al disparar le mató.

Pescaba el sordo muletas  
Y el volatin andadores,  
Y algunas niñas inquietas  
Pescaban en vez de flores  
Hilo hermoso de calcetas.

Y entre tanto un guardador  
De la villa por la noche  
(Serenó diré mejor)  
Se halló con palacio y coche,  
Serenísimo señor.

Así entre ruidosos gritos,  
De pena ó de gusto locos,  
Picaron allí toditos:

Los contentos fueron pocos,  
Los quejosos infinitos.

Vió la Fortuna la gresea,  
Y en ella su desagravio,  
Y con lástima burlesca  
Dijo al fin: Que Diego el sábio  
Nos dé una leccion de pesca.—

Lllaman al sábio Don Diego,  
Y entra conducido luego  
De un perrillo ladrador:  
—Calla! (esclaman) es un ciego!  
Buen ojo de pescador!

Silban todos al pobrete;  
Y él, sin que nada le inquiete,  
Oye, tiente, hace su arroje,  
Y en vez de una prenda, coge  
Con el anzuelo el tapete.

¡Bravo! esclaman por aquí.  
¡Viva! chillan por allá.  
Buena la leccion está!—  
Don Diego entretanto va  
Tirando el tapete á sí.

Con él vino, por supuesto,  
Cuanto en él estaba puesto  
Porque nadie lo pilló,  
Y al pié del sábio modesto  
Desde la mesa rodó.

Coronas de soberano,  
Dotes de bella mujer,  
Bastones, oro, placer;  
Todo lo tiene en su mano,  
De todo puede escoger.

A un cetro tomó aficion;  
Mas pesaba en demasía;  
Le dejó con un baston,  
Que vió que se convertia  
En látigo de sayon.

Encontró venalidad  
En el sí de una belleza,  
En un laurel vanidad,  
Cuidados en la riqueza  
Y odio en la celebridad.

Y en vez de gloria y poder,  
Tomó el limitado haber  
De una honrada medianía,  
Que vivir le permitia  
Sin malgastar ni deber.

—El ciego os ha de enseñar,  
(Dijo la Fortuna al dar  
La señal para salir),  
Cómo podreis alcanzar,  
Cómo debeis elegir.

*Legítima herencia son  
Del ilustrado varon  
Los bienes que el mundo encierra:  
Pero no hay dicha en la tierra  
Donde no hay moderacion.*

#### LA AMISTAD DEL POBRE.

(Concluye.)

Poco tiempo despues, yendo un dia Pablo á su casa, tropezó con una banda de ladrones, que viéndole bien vestido, se propusieron robarle cuanto llevaba encima, y con ese intento le llevaron á un bosque inmediato, y allí le dejaron completamente desnudo.

Era ya de noche, y no es de contar el miedo del pobre niño en aquella espantosa soledad, sin saber dónde se hallaba, ni qué camino tomar para salir del bosque. Cuando creyó que los ladrones estaban muy lejos, y despues de dos horas de terror, comenzó á pedir auxilio á grandes voces.

Entretanto el padre, justamente alarmado por la ausencia, y despues de haber aguardado por mucho tiempo la vuelta de su hijo, salió con los criados en su busca, dejando á la pobre madre en la mas terrible angustia.

Habiendo preguntado por todas partes y recorridado en vano la aldea y sus contornos, llegó á temer que su hijo se hubiese ahogado en el rio, y volvió á su casa en la mas grande afliccion.

Juan, al ir á acostarse aquella noche, rogó á Dios con lágrimas que protegiese á su amiguito; y de tal modo le preocupaba su suerte, que no pudiendo conciliar el sueño, se decidió al fin á salir de casa en busca de su perdido amigo.

Despues de haber recorrido todos los lugares que ambos frecuentaban, llegó á las doce al cementerio del pueblo; y á pesar del terror que le inspiraba aquel lúgubre recinto, saltó sus tapias y se puso á llamar á voces á su amigo; pero solo el eco repetia las últimas palabras, como si quisiera burlarse de su angustia.

Salió de este lugar y se encaminó al bosque gritando á cada paso: ¡Pablo! ¡Pablo! conforme se internaba en la espesura. No habia corrido mucho, cuando oyó la desmayada voz del pobre niño que decia: «aquí estoy.»

Corrió Juan al punto de donde salia la voz, y se encontró con su amigo tendido en el suelo, y en un completo desfallecimiento. Ayudóle á levantarse: quitóse sus vestidos para cubrirle con ellos, y echándose en hombros, salió precipitadamente del bosque y fué corriendo á deponer su preciosa carga á los piés de los afligidos padres.

No hay para qué pintar el gozo de estos, y la alegría del niño al verse otra vez en el seno de su familia.

Cuando hubo desahogado toda la efusion de su alegría, volvióse el padre de Pablo á Juan, y le dijo: mil pesos habia ofrecido al que encontrase á mi perdido hijo: tuyos son, valiente niño, y recibe además el mejor potro de mi cuadra.

—¿Pero por qué? preguntó Juan entre triste y ofendido.

—Como prueba de nuestro agradecimiento por haber salvado la vida de mi hijo, y como recuerdo de este por tu generosa accion.

—No, señor, dijo Juan, yo no quiero nada: he hecho lo que debia y he pagado una deuda. Pablo es mi único amigo entre mis condiscípulos, el único que no se avergüenza de serlo, no obstante mi pobreza.

Nada pudo reducir al niño á recibir la mas leve muestra de reconocimiento.

Pablo jamás olvidó lo que le debia; y fueron tan buenos amigos en los últimos años de su vida, como lo habian sido en el tiempo de su infancia.

#### LAS MANCHAS DEL SOL.

[FABULA.]

Armado de telescopio  
Miraba al sol Don Fidel,  
Y viendo manchas en él,  
Le dijo con tono impropio:

—«Vivísimo es tu arrebol;  
Mas veo manchas en tí.»—  
El sol contestóle: «sí;  
Pero son manchas de sol.»

*Productos son imperfectos  
Aun las obras mas brillantes;  
Mas ¡ay! ¡quién fuera un CERVANTES,  
Aun con todos sus defectos!*

#### PENSAMIENTOS.

¡Admirable Providencia!—; no manda Dios grandes trabajos á las almas pequeñas!

La infancia gusta de oír la historia, la juventud de hacerla, la vejez de contarla. Hé aquí enlazadas las tres edades, armonizadas entre sí y con el mundo.

Nada mas contrario á la imparcialidad que la indiferencia. Por eso el amor y el odio hacen formar algunos juicios exactos.